

JAVI P. Y EL FUNCIONARIO

Fabián, J.F.

La vida es así, el día menos pensado te hace pasar por lo inolvidable. Eso le pasó a Javi Paso un viernes sobre las siete de la tarde: se le echo en los brazos un funcionario y le dejó todo el hombro empapado por las lágrimas y la piel de debajo de la ropa como vieja. Con los camareros responsables es lo que pasa, se tienen que tragar cada sapo de cuidado. Javi Fuentes, descendiente casi seguro de los moros que se quedaron después de la movida de los hombres de musgo, nativo del barrio de los Salesianos, profesor de gimnasia emigrado en Santander, amigo de siempre de Miguel Paso, rollingstoniano una vez en Gijón y cliente abonado del Alquitara, cuando se escapa de Cantabria, Javi Fuentes, digo, lo vio todo, pero no intervino, porque estas cosas son para el que le toca y para nadie más. Menuda escena: el funcionario de treinta y tantos en los brazos de Javi Paso, gimoteando a la vez que expulsaba por la boca demonios, rayos, centellas, alguna utopía y mucha tristeza. Menos mal que a esa hora sólo estaban en el bar Javi Fuentes, atareado en un rincón con unos Interviús, un tal Ñoño de Valdesangil, electricista, liado con unos cordones y otros dos o tres fulanos más con coleta de un grupo de jazz, montando el equipo para actuar por la noche. Aunque hay que decir que estos últimos no hicieron el más mínimo caso de la escena, porque le habían dado ya tres o cuatro vueltas a España actuando y no les cogía nada de improviso. A lo mejor es que se llevaba esto. A lo mejor es lo último, como el Internet en el móvil. Pero en fin, así fue la cosa: el funcionario en los brazos de Javi, lloriqueando, abrazándole por el cuello y la cintura y él, muy profesional y, también hay que decirlo, muy solidario, aguantando el tipo, acariciándole el occipital y ayudándole a beber un solisombra que había pedido con la sola intención de hacerse un poco de daño en el hígado de allí a las dos o las tres de la mañana. Bueno, bueno y bueno.

El funcionario llevaba ya en aquel estado lacrimógeno una temporada. No era de ese momento la cosa. Le había venido fraguando de atrás, poco a poco, que es como hunden más los

daños, como se clavan y se graban y luego no hay quien se los quite de encima en toda la vida. Llorar en el hombro, lo que se dice llorar en el hombro y empaparle el jersey, la verdad es que a nadie más se lo había hecho. Con Javi es que había confianza, se habían conocido en Salamanca, habían vivido algunos temas que no vienen al caso, pero luego cada uno tomó rumbos diferentes. El funcionario se había hecho funcionario con unas oposiciones a lo suyo, a algo del medio ambiente, del patrimonio o cosas de esas que siempre traen muchos líos porque tocan en intereses muy sensibles y concretos y porque en el fondo le importan bastante poco a quien le tienen que importar, aunque luego salgan diciendo que lo tienen en las prioridades y que creen que es lo fundamental. En fin, la vida, lo pardillos que somos, lo poco que en realidad nos importa lo que se sale de nosotros mismos, el poder... esas cosas. El caso –que me despisto- es que mientras el funcionario había querido ser funcionario y le había salido bien, Javi había optado por la cosa de la hostelería, aprovechando que su hermano Miguel triunfaba con el Alquitara de aquella manera discreta y prestigiosa con la que lo hacía, creando, con el bar de Chema, una especie de zona Norte de la calle Gerona que tenía ya su gente y su cosa.

Así todo, se veían ambos -Javi y su amigo el funcionario- algunas veces cuando éste caía por Béjar (con cierta frecuencia en primavera y verano) a visitar a la familia de su señora, que tenían un piso en Felipe Rinaldi y un chalecito de esos de dos habitaciones, cocina y una cacho piscina en Valdesangil, de esos que la gente construye allí ilegalmente ahora más que nunca mientras la autoridad silva mirando para el cielo.

Al funcionario le tocó la lotería con sacar la oposición. Lo primero, se compró un piso y luego se casó. Como casi todo el mundo. Para sus adentros pensó que o le venía alguna desgracia imprevista o tenía ya para ser feliz toda su vida. Un sueldito regular, una mujer guapilla, la parejita cuando pudieran, la suerte de trabajar en lo que le gustaba cobrando fijo a fin de mes, la posibilidad de aportar algo de lo que le apasionaba a la sociedad... en fin, el cielo mismo.

A los dos años ya empezó a notar algo. A los tres se mosqueaba, mínimo, cada cuatro o cinco meses por lo mismo o

parecido. Y a partir de los cinco años ya vino lo gordo. Se le acumularon muchas cosas de atrás y una mañana sintió la mirada a los ojos y las frases sutiles pero contundentes de su jefe aportándole una píldora que se tenía que tragar. *“El funcionariado es una cadena transmisora de consignas y obediencias”*... le dijo su jefe un día con contundencia militaroides invocando a la necesidad de que ya fuera técnico, ya fuera un ordenanza o ya San Pedro bendito, tenía que hacer siempre lo que le conviniera a la Patria (¡ay Dios esa palabra!) y en ella, en la Patria, siempre habría alguien por encima de nosotros que sabía lo que hay que hacer. Al funcionario le dio un latigazo de cuidado el corazón y dejó de ser feliz de repente una temporada. Ni aunque se quedó su señora embarazada del segundo ni nada, pasó de 8 cm. de sonrisa a 4'5 nada más. Empezaron a decirle que si era la crisis de los 40 con adelanto, que si sería una depresión por el calor o que podía tener algo de estómago. *“Eso es el factor humano, tío”*, le dijo Javi P. lacónicamente y con frialdad aproximadamente unos dos años antes de la tarde del sollozo, cuando le había insinuado el funcionario, todavía en el inicio de su calvario, algo de lo que estaba viendo y pensando. Pobre chaval. Desde entonces ya la cosa empezó a ir mal. Había temporadas que bien pero otras perdía el sueño e incluso en la cama andaba así así y eso que él había sido siempre bastante toro. Su señora le apoyaba y eso era todavía peor. Qué cosas. ¿Por qué?. Pues porque con el apoyo de su señora, más riguroso se ponía en el trabajo y a más riguroso, más palos. Y a más palos más destrozo neuronal. Y a más destrozo neuronal, más miseria mental. Si ella, en cambio, le hubiera llevado la contraria y él, a su vez después a ella, todo hubiera desembocado en un desencuentro conyugal, sí, pero habría tenido más paz personal. (Una extraña técnica psicológica no homologada, pero que a saber si hubiera dado resultado).

“Ay Javi que esto no tiene solución”, le decía asido por la cintura. Él le frotaba la espalda con solidaridad del amigo que te entiende. De pronto recordó la terapia que había leído una vez en una revista de las que compra Miguel y no se lleva la gente a su casa porque no tienen despelotes. Había que ponerse ante todo en la realidad, por lo visto. *“Vamos a ver, tío, posícionaté”*. Javi le soltó y se puso delante de él con ambas manos y brazos dispuestos a explicarse bien. *“¿Tú*

donde estás, donde vives?. En España, ¿no?. Bien ¿y dentro de España dónde?. En Castilla y León, ¿no?. Bueno, pues hay que partir de ahí, esa es la base empírica". (El funcionario, estupefacto, pensó que Javi se había vuelto loco). "Si estás aquí significa que no estás en otro sitio, luego no puedes pedir cosas de otro sitio estando aquí. ¿Me sigues?". El funcionario asintió con la cabeza y los ojos como platos. "Bien, ya tenemos algo. La desesperación llega cuando uno no sabe donde está, cuando lo sabe, toma conciencia y entiende que su lucha es ardua y que tiene que ir poco a poco. ¡No hay lugar para la desesperación, amigo mío, Juan Manuel, por el amor de Dios!. Quiero decirte que en este país ni se valora a los funcionarios, ni los funcionarios tienen toda la conciencia necesario de serlo. Y en multitud de casos sus jefes, que no creen demasiado en el papel que desempeñan, hacen que los funcionarios no se tomen en serio el gran papel que tienen como trabajadores de lo público. Eh, ¿cómo lo ves?, ¿qué tal me ha quedado?. Bien, ¿no?, pues es la p. verdad. Y hay más. Los trapicheos de todo tipo que les hacen ver y callar, las píldoras de medio metro que les quieren hacer tragar a algunos pobres y, en tantos casos, la falta de preparación de muchísimos de esos mandos en lo que mandan e incluso la procedencia mental y política, y sus consecuencias, de algunos, demasiados según las zonas, hacen que surja una cierta desidia y que acabes por no creer en lo que estás haciendo. Y, claro, en ese estado de cosas, como sois humanos los funcionarios, aunque no nos lo queramos creer el resto, si encuentras escaqueo, pues a ello. Y si voy yo en ese momento y no está ell que busco, ya la tenemos preparada. Puede que sea la primera vez que me pase, puede que estés desayunado de verdad o meando e incluso poniendo un huevo, pero como me pase, se entera toda la barriada. ¿Es así o no es así, Juan Manuel?. Pero bueno, de este tema habría mucho que analizar, sólo te he hecho una sinopsis y perdona que te hable tan técnicamente". El funcionario, ante aquel discurso cargado de sociología nacional y autonómica, no solamente asentía con cabeza como un tontito y tenía los ojos como platos, sino que, también, se le había puesto la boca con abertura de norte a sur, una posición verdaderamente extrema. "¡Qué nivel!, ¡qué sabio eres Javi!. Ponme otro solisombra y unas aceitunas". Javi hizo ademán de no darse importancia. "Uno que ve y oye mucho detrás de la barra y además tiene familia funcionaria".

Ñoño, el electricista de Valdesangil, que estaba a lo suyo pero que se había quedado también con toda la copla mirando de reojo y

arriesgándose a tocar donde no debiera y a llevarse un buen calambrazo, se dirigió a los platicantes en tono de favor: “*¿Me sujetan estos diferenciales, por favor?*”. Así dio tiempo a que el funcionario se bebiera de un trago el solisombra y le empezara a hacer reacción. Javi Fuentes terminó con todos interviuses del montón y, adicto momentáneamente a lo que estaba mirando en las páginas centrales, llamó a Javi. “*¿No tendrás más por ahí?*”. Javi Paso suspiró como con resignación. “*Ahora te saco unos Man que tengo escondidos*”. (“*¡Pero qué vicio tiene la gente casada!*”). Esto último lo pensó sólo para sí).

Ni que decir tiene que la caries mental del funcionario, tras la conversación con Javi P., supusiera la milagrosa regeneración de lo carcomido. No. Ni hablar. Las caries mentales, como las otras, cuando pasan, te las pueden empastar, te pueden matar el nervio, te pueden hacer un trabajo maestro y no crecer más, pero suponen ya para toda la vida que hay que masticar en adelante con cuidado y revisarlas cada cierto tiempo. Por lo visto era mal de muchos y cuando la cosa es mal de muchos y la conoce cada vez más personal, hay esperanza de que reviente. Ya se sabe que a veces no es tan malo que se rompa la presa, porque así se hace otra nueva, más moderna y mejor.